

Me acuerdo de pronto de aquello tan fardón de Mi-jail Batjín a la hora de afrontar el análisis de los elementos narrativos y su articulación en la trama: el cronotopo, con nombre además que remitía un poco a Julio Cortázar. Ambos estaban en boga cuando mi juventud, no como hoy en día. La conexión espacio-temporal, no obstante, siempre será fundamental para abordar el género épico, que en su vertiente contemporánea tal vez haya inclinado su balanza, frente a la tiranía del tiempo que alcanzó su apogeo durante el barroco, hacia lo espacial, un tanto desatendido con anterioridad. No sé muy bien los motivos, probablemente tenga que ver lo que Antonio Muñoz Molina declaraba el otro día en una entrevista: «No tengo apego por las cosas, ni siquiera por los libros o los discos, pero sí por los lugares en los que he conocido la misteriosa exaltación de lo mejor de mí mismo, la plenitud de mis deseos y de mis afinidades».

En esta línea, José Ángel Cilleruelo ha llevado a cabo «la emancipación temática del lugar, hecho que implica su desvinculación del tiempo», tal y como proponía en 'Almacén', su primer diario espacial, que incluía un elogio y una práctica del lugar «como medida de lo vivido» muy esclarecedores. Ahora ha publicado, en la misma editorial, Polibea, un volumen que continúa ese empeño, bajo el título 'El pabellón dorado'. Creo que para Cilleruelo el espacio conforma el ser y el pensamiento, y los lugares nos constituyen frente al tiempo, que nos destruye hasta aniquilarnos.

A modo de estampas, las entradas de este singular diario, con una prosa sin parangón en nuestras letras, rotunda, compacta, ceñida, precisa, armada milimétricamente mediante frases exentas que conjugan la intensidad lírica por elipsis y condensación expresiva y la ligera andadura narrativa, nos acercan a emplazamientos domésticos (jardín, cocina, tendedero, habitación del poeta) o nos muestran enclaves nórdicos (Copenhague desde la torre lírica de Inger Christensen, Estocolmo y Västerås a partir de Tomas Tranströmer y «el lenguaje del Norte»), museísticos (el MACBA), monásticos (San Millán de la Cogolla), mercadillos ('su' rastro de Los Encantes), portugueses (también tan suyos, recordados: Lisboa, Coimbra, Oporto) u orientales (el Palacio Imperial de Taipéi que nos trae a la memoria su novela 'Una sombra en Pekín').

Pero sirven igualmente para demostrar que el espacio es «el gran protagonista de la experiencia artística» y que «no envejecemos en el tiempo, sino en los lugares que nuestra mi-

rada atesora, los que configuran una dimensión intangible y no lineal de nuestro transcurso» un puesto de huevos en un mercado de abastos o la mera contemplación de las nubes. La escritura de Cilleruelo, su visión -'La mirada' se titula precisamente una antología esencial de sus versos-, atien-de y desvela esa magnitud intangible, permite «que el lugar observe también a quien transita y escuche el pensamiento que la mirada traduce, y le comprenda», consigue que «el espacio se exprese».

Uno de los espacios míticos de nuestro inconsciente colectivo es el Far West. En 'La frontera salvaje' (Errata Naturae), mediante breves capítulos, Washigton Irving -escritor imprescindible aunque sólo fuera por 'Rip van Winkle', relato fundacional de la literatura norteamericana, o por el clásico y delicioso 'Cuentos de la Alhambra', que a cualquier lector sonará y muchos, si son mayores, habrán disfrutado en la escuela; ahora, por desgracia, me temo que ya no se estila este tipo de lecturas- pinta espléndidamente ese paisaje hostil y grandioso, «la inhóspita naturaleza virgen», entonces desconocida, en todo su esplendor, bajo sublimes nublados o aporreada por estampidas de bisontes. En la narración, Irving se interna a caballo, durante un mes, en compañía de un comisionado estatal y escoltado por extravagantes 'rangers', fusileros montados, por «apasionantes y peligrosas regiones» nunca holladas por el hombre blanco, la 'terra incognita' más allá del Mississippi y de «toda morada humana», de la cabaña del colono o del tipi indio.

El resultado, en función de la naturalidad expresiva y de su capacidad descriptiva siempre capaz de conmovernos, es un relato sobrio y a la vez emotivo sobre la vida libre, con una manta, un rifle y una montura como toda pertenencia, lejos de las trivialidades que nos atan a la sociedad civilizada; la épica del Lejano Oeste, exclusivamente masculina, no aparece ni una mujer; la grandeza en la soledad de los inmensos bosques y herbazales, cárcavas y torrenteras; la maravilla de los diques de los industri- osos castores, los graznidos de los gansos silvestres, las ternezas de los perritos de las praderas, los olmos coronados de muérdago; las maneras de ser de las tribus indígenas: los esculturales, elegantes osages con sus particulares 'leggings' o los amenazadores e invisibles pawns; la prueba constante de la hombría ancestral en la caza mayor para sustento, la doma de caballos y las peleas con osos. En definitiva el libro, por encima de la crónica de una expedición hacia lo inexplorado, de un viaje agotador, que también, nos muestra una experiencia mental



Excursionistas ascienden el Sunset Point, en el Parque Nacional de Bryce Canyon, en Estados Unidos. :: ROSS D. FRANKLIN-AP

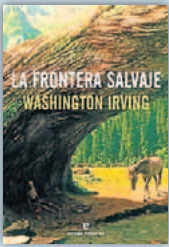
LUGARES INDÓMITOS

Primacía del espacio sobre el tiempo

UN
ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN
HERRERO





LA FRONTERA SALVAJE

Washington Irving, Errata Naturae, 308 pp., 19,50 €.



UNA GRANJA EN LAS GREEN MOUNTAINS

Alice Herdan-Zuckmayer, Periférica, 336 pp., 19,90 €.



EL PABELLÓN DORADO

José Ángel Cilleruelo, Polibea, 118 pp., 12 €.



533 DÍAS

Cees Nooteboom, Siruela, 218 pp., 18,95 €.

ante lo fronterizo y lo virgen, nos hace revivir unas sensaciones únicas, excelsas.

Muchos años después, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Alice Herdan-Zuckmayer, se refugió, huyendo del nazismo junto a su marido, conocido dramaturgo y guionista durante la república de Weimar, en un lugar también inhóspito, asilvestrado por completo, rodeado de prados, bosques y un arroyo, en absoluto bucólico, que puede ser idílico o infernal, en medio de la vastedad, la soledad y el inquietante silencio, en una granja del «Valle de los sueños», a los aires heladores de Vermont, el «estado de los leñadores». Y lo narró en ‘Una granja en las Green Mountains’, otro título con el que Periférica prosigue –lo mismo podría decirse respecto a Errata Naturae– su impagable labor de recuperar libros nunca traducidos a nuestra lengua. Estamos, pues, ante otro de sus descubrimientos.

Allí, en sus severos, melancólicos e interminables inviernos, sepultados en nieve convertida en fango con el deshielo, transcurre la vida del matrimonio exiliado, primero, tras volver a empezar desde cero, entre «el rechazo, desarraigo y lucha por el sustento», envueltos en «falsas esperanzas e ilusiones»; luego, probando suerte como granjeros profanos, en un intento de superar su ignorancia agropecuaria, supina. Es, por tanto, la narración, escrita con mucha gracia y amenidad, de su capacidad de adaptación como «bichos raros» al inquebrantable individualismo marca USA y a la subsistencia sobre todo ganadera, por lo menudo, cuando sólo mantener el hogar caldeado es una tarea hercúlea.

Hace unos cincuenta años que el neerlandés Cees Nooteboom recaló en Menorca, cuando era un lugar a descubrir, ajeno al mundo exterior. Todavía hoy sigue disfrutando de su silencio, en general durante el tiempo bueno –en invierno se recluye en una casa de campo próxima a los Alpes, igual de aislada, en la zona de Stuttgart–, y prestando atención a lo insospechado, que siempre está ahí –«¿se puede llamar acontecimiento a un suceso que te cambia el día?»–, aprendiendo de la isla, a la que nos transporta a través de ‘533 días’ (Siruela), una especie de diario, de hecho pensó en principio titular el libro ‘Diario novo’.

La primera entrada, por caso, parte de la observación, minuciosa en extremo, de la flor amarilla, promesa de higo chumbo, de un cactus aborigen, que convive detrás de su estudio menorquino, «en una parcela, descuidada del jardín» cercada por un murete a piedra seca, con otros traídos por ejemplo del desierto chileno de Atacama. A partir de la contemplación de algo cercano:

José Ángel Cilleruelo defiende que el espacio es no solo una dimensión exterior, sino también, y sobre todo, interior

Huyendo del nazismo, Alice HerdanZuckmayer se refugió en un lugar inhóspito

estos «monjes» de crecimiento inaudible, se desata la reminiscencia evocativa, que suele ir unida a la reflexión, aquí el pensamiento sobre la regeneración natural y propia y en relación con las viejas tortugas de compañía.

Así opera con la yuca y su filosa armadura, el ombú invasor, el canto sincopado del autillo, una araña como monja mística holandesa, el burro del vecino mientras roncha una zanahoria, la risa de las gaviotas, el ave que se parece a una flor, los enigmáticos insectos como la bella polilla barrenadora de palmeras o el murmullo del viento en los distintos árboles. No es de extrañar que un crítico flamenco le achacara que «cavila en exceso», virtud que nos encanta a muchos, que creemos como Nooteboom que «la escritura se alimenta de misterios». Como animal literario que es –su inigualable libro sobre tumbas de escritores y pensadores bastaría como credencial– entre cactus guardianes, cielos estrellados y sueños –siempre me lo imagino por senderos de litoral, abruptos y pedregosos, con la tramontana de los suicidas de cara, oyendo el batir del Mediterráneo en los rompientes– salpica además el texto de apreciaciones muy atinadas y provechosas sobre Borges, Frisch, Gombrowicz, Canetti, Bernhard, Beckett, Bánffy, Mallarmé, Leiris y tantos otros. Un festín para amantes irreidentes de la palabra.

En relación con lo dicho al principio, el lugar remansa al tiempo, por no decir que lo refuta. Además, a modo de epifanía, puede cumplirse en el instante, que según Cilleruelo, «vacía de tiempo cronológico el tiempo y a cambio lo llena de lugar». El propio Cilleruelo defiende, a cuenta de las ‘Corónicas de Inglaterra’ de Eduardo Moga, que el espacio es una dimensión no sólo exterior, sino también, y sobre todo, interior, «la forma como el espacio moldea el ánimo, las ideas y las formas de vivir». El argumento me parece irrefutable y como prueba ahí están los libros que hemos comentado hoy.